

ANTONIO RUBIAL GARCÍA, *Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de sor Juana*, México, Taurus, 2005, 280 pp. ISBN 968-19-0947-X

No estamos acostumbrados a reseñar una obra que podemos catalogar como de divulgación; quizá por eso parece difícil. Pero en este caso se trata de un excepcional grado de divulgación. Es la obra de un investigador que no se ha encerrado en sus propios hallazgos, sino que conoce y aprecia el trabajo de sus colegas, que hace hincapié en cuestiones de vida cotidiana sin olvidar el marco político, las circunstancias económicas, la organización social y el impacto de fenómenos naturales y de acontecimientos extraordinarios. Y así resulta que gracias a las posibilidades que brinda esta forma de literatura histórica, podemos conocer a monjas, cortesanos y plebeyos, protagonistas de una historia en la que las más recientes investigaciones se enlazan para dar fundamento a un relato con el cual, gracias a una adecuada presentación, podemos identificarnos. Es motivo de gran satisfacción conocer esta nueva versión, no corregida, porque nada había que corregir, pero sí en buena parte aumentada, de la primera, *La plaza, el palacio y el convento*.¹

Por todo eso no he dudado al aceptar el encargo de esta reseña, al mismo tiempo que me pregunto ¿por qué cuando tan cuidadosos somos en criticar otro tipo de trabajos, en los que es fundamental la investigación original, descuidamos las obras de difusión cuya meta, importantísima, es la de seleccionar de entre los más recientes hallazgos aquellos que deben darse a conocer porque enlazan con temas esenciales de la historia, y presentarlos de tal modo que el público lector no especialista los comprenda,

¹ Antonio RUBIAL GARCÍA, *La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.

los disfrute y los incorpore a su conocimiento? Es cierto que no son muchas las obras de este género que merecen atención, quizá porque sus autores carecen de ese empeño por actualizar la información y hacerla comprensible; seguramente también porque rara vez se da la circunstancia de que el autor es a su vez investigador, familiarizado con los documentos y con la sensibilidad necesaria para dar vida a los protagonistas y analizar adecuadamente las situaciones. Éste es el caso de Antonio Rubial que, con las necesarias referencias a trabajos de otros autores, intercala datos de sus propias investigaciones.

Desde las primeras páginas podemos apreciar que la modificación del título no es caprichosa. En la primera versión se destacaba la importancia del medio urbano y así se indicaba desde el título. El nuevo texto nos da la posibilidad de conocer lo cotidiano por medio de los personajes que lo vivieron. Los espacios: plazas y calles, casas y palacios, colegios, conventos y hospitales, están ahí y no dejan de transmitir el mensaje de orden, estabilidad y jerarquía que fueron peculiares de la sociedad barroca. Pero el autor resalta la personalidad de las personas que los habitaron, amplía las anécdotas o las incluye por primera vez, trata en primer término, de las relaciones humanas, y nos proporciona nombres y circunstancias que podemos ubicar en esta ciudad de México, tan diferente y tan cercana de la que conocemos, y en esa mentalidad que ya vamos apreciando gracias a los recientes estudios sobre la vida colonial.

Bien podemos admitir la mención de sor Juana desde la portada y en la primera página, quizá con la intención de hacer el libro accesible a quienes tendrían serias dificultades para identificar el siglo XVII como un periodo particular dentro de la época colonial, pero conocen la obra de sor Juana, la admiran y sin duda les atrae la posibilidad de aproximarse a su entorno. Así que el relato anecdótico inicial no es un mero truco literario para “atrapar” al lector ocasional, sino un recurso que permite fijar crono-

lógicamente el periodo. Y no deja de ser meritorio el prurito de exactitud que obliga a dejar fuera la copiosa información existente acerca de otros periodos mejor conocidos (como la conquista y la Ilustración) para limitarse exclusivamente a fuentes de la época, sin caer en generalizaciones fáciles y siempre inexactas, ocasionadas por el empleo de documentación que resultaría anacrónica. Lo que seguramente es inevitable es que algunos lectores establezcan por su cuenta esas generalizaciones que tan frecuentes son en libros de texto al referirse a “la Colonia” como un bloque uniforme y homogéneo. En cambio, para quienes son algo más conocedores, la premeditada ambigüedad en la referencia a “la época de Sor Juana” advierte sobre la imposible determinación de fechas de calendario para la delimitación cultural e histórica de ese fascinante siglo XVII cuyas peculiaridades se iniciaron antes de 1600 y dejaron su huella hasta mucho más allá de 1700.

El interés por la vida cotidiana data de pocas décadas, pero ya ha impulsado la realización de tesis, libros y artículos que nos proporcionan una visión relativamente cercana a esa sociedad compleja que se forjó durante la época colonial. El doctor Rubial conoce esos estudios, incluso los más recientes, en los que ha participado como autor de textos y como coordinador de obras colectivas. Las publicaciones de los últimos años y las tesis inéditas aparecen en la bibliografía y se citan oportunamente en relación con temas de los que cada día sabemos un poco más.

La misma lógica que le permitió organizar la primera versión se aprecia en esta nueva, en la que primero se ofrece un panorama general de la ciudad, para luego referirse a los espacios públicos, en seguida a los privados y, por último, a los establecimientos religiosos, entre los que, con criterio propio de su tiempo, se incluyen las instituciones de beneficencia. La ciudad, no cualquier ciudad, sino la capital del virreinato, urbe populosa, a la vez desordenada en la práctica y rigurosamente reglamentada en las leyes, piadosa y pecadora, resplandeciente y maloliente, llena de vitalidad y capaz

de albergar pasiones y ambiciones, se describe en las primeras páginas, en las que se aprecian las contradicciones de una sociedad que en teoría estaba rígidamente estratificada mientras que en la convivencia cotidiana alentaba conflictos entre prejuicios sociales y valores morales, principios de caridad y alardes de soberbia, pretensiones de segregación frente a mezclas de “calidades” y promiscuidad en las viviendas.

Tras establecer en líneas generales la peculiar ubicación de la ciudad de México, sus problemas de urbanismo, su condición de centro comercial, los esfuerzos de control realizados por las autoridades y las características de sus vecinos, resalta la importancia del agua, escasa y contaminada para el consumo humano, a la vez que excesiva y devastadora cuando se presentaba en lluvias torrenciales e inundaciones. Desde luego en las notas (las imprescindibles para no distraer la atención del lector) no deja de dar el reconocimiento a las investigaciones relacionadas con la distribución del agua en las ciudades coloniales y su influencia en la ordenación de la población urbana.²

Al tratar de la población, vale la pena resaltar la claridad en la definición de calidades y castas, que tanto han confundido, no sólo a los lectores comunes y estudiantes de grados elementales, sino también a historiadores apegados a las palabras más que a su significado en el mundo colonial.³ Esta definición era particularmente necesaria ya que en la ciudad de México, como Rubial advierte, la mezcla de distintos orígenes étnicos y tradiciones culturales fue decisiva en la conformación de una particular forma de vida. El concepto de calidad tomaba en cuenta el origen étnico, a la vez

² Menciona el estudio de Alin Musset y se aprecian aportaciones de Rosalva Loreto, relacionadas con el agua en otra ciudad virreinal, la de Puebla de los Ángeles.

³ Es algo que varios autores, entre ellos Robert McCaa y yo misma, ya hemos analizado en artículos y libros de fechas recientes.

que el prestigio social, el reconocimiento profesional, la capacidad económica y la vida familiar honorable.

Ya en el segundo capítulo nos muestra las manifestaciones de la vida cotidiana en espacios exteriores, escenarios de actividades de todo tipo, desde el trabajo que los artesanos realizaban en las banquetas, fuera de sus talleres, hasta los tianguis, habitual, pero siempre provisionalmente instalados en las plazas, y las pulquerías, abiertas a la calle; pero sobre todo, las actividades plenamente públicas, como los estremecedores autos de fe organizados con carácter ejemplar por el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición y las bulliciosas fiestas religiosas y profanas, a las que el autor dedica un amplio espacio. La descripción de festejos civiles y religiosos, como la mención de la imprescindible participación popular, sirve para subrayar la importancia de tales formas de esparcimiento, cuidadosamente reglamentadas, y destinadas a la exaltación de valores religiosos y profanos y a la afirmación del carácter jerárquico de la sociedad barroca.

El capítulo tercero, palacios y vecindades, proporciona una imagen de los hogares de todo tipo en que residían los vecinos de la capital. Si bien la calificación admirativa de ciudad de los palacios se le dedicó a México-Tenochtitlan muchos años después, también es cierto que su carácter señorial se forjó desde su origen, cuando se construyeron las primeras amplias residencias que se restauraron y reconstruyeron a lo largo del tiempo. Y, como en este libro se destaca, no faltaban mansiones opulentas, adornadas con porcelanas, terciopelos y damascos orientales, delicados lienzos europeos y plata cincelada, extraída de las minas locales y trabajada por artistas del virreinato.

Las prominentes familias de comerciantes y hacendados, que alcanzarían la cúspide de su poder en los albores de la independencia, también habían logrado ser aceptadas por la vieja aristocracia criolla, precisamente a lo largo del siglo XVII, cuando recurrieron a estrategias familiares que contemplaban el aumento de riqueza

paralelo al reconocimiento social. No sólo los matrimonios con ricas herederas criollas, sino también la aproximación a burócratas prominentes, los enlaces con reconocidos linajes nobiliarios y el acceso a dignidades eclesiásticas, lograron que se borrara la memoria de humildes orígenes y de ocupaciones y profesiones consideradas poco honrosas. Ésos son los personajes que aparecen en lugar destacado entre los vecinos de la capital y junto a los cuales están también los artesanos acomodados, los modestos trabajadores, los servidores domésticos y los omnipresentes desocupados y vagabundos.

Resulta acertado el relato de incidentes cortesanos y pleitos por cuestiones de honor, que contribuyen a dar sabor y carácter a las descripciones de lugares y situaciones propios de la época; así como las anécdotas relacionadas con creencias y supersticiones populares, prácticas mágicas y conjuros y hechicerías, en las que se resalta el sincretismo resultante de la estrecha convivencia de quienes aportaron tradiciones culturales de tres continentes.

El cuarto y último capítulo se dedica a templos y claustros, cuya importancia en el México del siglo XVII se demuestra muy acertadamente a lo largo del texto. La Iglesia influía en las decisiones políticas, intervenía en la vida cotidiana, daba respaldo moral a decisiones de gobierno y justificaba el orden social. El poder espiritual iba acompañado de los poderes político y económico. Los fieles buscaban el acceso al paraíso después de la muerte y no dudaban en ofrecer generosas limosnas, fundar capellanías, realizar donaciones testamentarias y aportar sus bienes para el adorno perpetuo de altares, culto a imágenes de particular devoción, misas cantadas, funciones solemnes, fomento de cofradías y otras obras pías que constituían una fuente permanente de riqueza para el clero secular y regular. Y del siglo XVII proceden los primeros intentos de controlar a la feligresía mediante padrones parroquiales, lo que apenas pudo lograrse parcialmente 100 años después.

Aunque habían perdido la preponderancia que disfrutaron a raíz de la conquista, las órdenes mendicantes conservaron el prestigio de sus templos y devociones y la lealtad de los fieles que manifestaban su preferencia por una u otra. Los jesuitas, no mendicantes, sino prósperos propietarios, con su carácter de orden celosamente obediente a la Santa Sede, influyeron mediante las ceremonias solemnes en sus templos, el reconocimiento de su labor misional, los sermones que atraían a gran número de fieles, la fama de comprensión de sus confesores, que administraban el sacramento de la penitencia en sus residencias y colegios y en conventos femeninos, la instrucción de clérigos en las llamadas cátedras de casos o cursos de teología moral, y, sobre todo, en las escuelas abiertas en gran número de sus colegios. Queda claro que el término colegio se aplicaba a los establecimientos consolidados, que disponían de rentas propias para sostenerse, independientemente de que tuvieran abiertas clases para la instrucción de los jóvenes. En la práctica, casi todos los fundadores que dotaron de rentas a los establecimientos de la Compañía de Jesús en la Nueva España exigieron precisamente que se impartieran clases de primeras letras y de humanidades (gramática latina).

La universidad merece un apartado especial, porque no fue tan sólo el centro de mayor importancia académica, sino que sus disputas, graduaciones y festejos trascendieron al público ajeno a los estudios. E igualmente tienen espacio los hospitales, establecimientos que procuraban el restablecimiento de la salud, casi siempre con escaso éxito, dados los pobres conocimientos de la época, a la vez que atendían al cuidado del alma, preocupación máxima cuando se esperaba que la muerte fuera el desenlace más probable de una enfermedad.

Sor Juana vuelve a aparecer al referirse a los conventos femeninos, con sus claustros, sus coros, sus reglas de silencio y clausura, sus monjas venerables, místicas y visionarias, su portería por la que se establecía permanente comunicación con el mundo exterior,

la observancia generalmente aceptada y las excepciones a las que se refiere al tratar de las menudas concesiones a prácticas fuera de la regla y de graves transgresiones como la de la desdichada monja enamorada de un fraile agustino. Cercanos a los conventos estuvieron los recogimientos y colegios de niñas huérfanas, que vivían alejadas de los peligros del mundo, en espera de contraer matrimonio o de profesar votos religiosos, acogidas a la caridad de generosos bienhechores y convertidas no siempre voluntariamente, en modelo de vida doméstica.

Al terminar la lectura queda la impresión de que el autor conoce mucho más de lo que nos cuenta; tan sólo nos ha dado aquello que parece suficiente para caracterizar un tiempo, una forma de vida y un orden social que en gran parte sobrevivió a cambios políticos y a novedades intelectuales; algo que gracias a una prosa sencilla y amena nos permite entender el México que fue incluso desde éste, tan diferente, México que es.

Pilar Gonzalbo Aizpuru
El Colegio de México

ANNE STAPLES, *Recuento de una batalla inconclusa. La educación mexicana de Iturbide a Juárez*, México, El Colegio de México, 2005, 472 pp. ISBN 968-12-1181-2

El reciente libro de Anne Staples es un esfuerzo enorme por dar a los lectores interesados en el tema de la educación decimonónica un panorama completo de lo que era ésta tanto en el ámbito primario como secundario y profesional, así como en lo que pueden considerarse sus modalidades formal e informal. El espacio geográfico que cubre es sumamente amplio, pues pretende abarcar los ambientes rural y urbano de México en general. La autora